

Antón Costas

El teorema de Thomas

Sorprendido por los resultados de las elecciones del 24-M, un buen amigo que ha estado durante años en la primera línea de la política municipal decidió la semana pasada visitar los barrios del norte de Barcelona que de forma mayoritaria han apoyado la candidatura alternativa de izquierdas liderada por la nueva alcaldesa, Ada Colau.

Según me contó, en su recorrido oyó como más de un vecino de esos barrios le dijo que a lo largo de estos años de crisis económica y social se habían sentido “abandonados” por los gobiernos y los partidos tradicionales. Este sentimiento de desamparo era vivo, intenso y sincero.

Sin embargo, a mi amigo le cuesta entenderlo. A su juicio, los últimos gobiernos de la ciudad, tanto el socialista de Jordi Hereu como el nacionalista de Xavier Trias, han sabido mantener un buen equilibrio entre todos los barrios. La provisión de servicios y de inversión en infraestructuras no ha primado el centro y los barrios acomodados en perjuicio de los de la periferia. A pesar de la crisis, la buena salud financiera del municipio ha permitido destinar recursos a todos los barrios. De ahí que, en su opinión, no haya motivo objetivo para ese sentimiento de abandono.

Si así fuera, ¿cómo explicar, entonces, ese sentimiento de desamparo que habría llevado a muchos ciudadanos que viven en barrios periféricos de Barcelona y de otras grandes ciudades españolas a votar el 24-M a listas alternativas de izquierda en vez de a los partidos tradicionales, ya sean socialdemócratas, conservadores o nacionalistas?

Al tratar de buscar una explicación a esta cuestión me acordé de una vieja proposición científica procedente del campo de la sociología de la educación. Se trata del llamado teorema de Thomas. En una traducción libre, ese teorema se puede formular de la manera siguiente: “Lo que las personas perciben como real tiene consecuencias reales en su comportamiento” (“If men define situations as re-

al, they are real in their consequences”).

Esta proposición fue enunciada por William I. Thomas después de estudiar conductas transgresoras en el ámbito educativo y los comportamientos de condena y rechazo social relacionadas con ellas (*The child in America: behavior problems and programs*, 1923). Thomas extendió esa proposición a otros ámbitos de la conducta personal o familiar.

La lección que extraer de este teorema es que las percepciones subjetivas de las



JORDI BARBA

personas acerca de la realidad en que viven tienen una fuerza enorme a la hora de definir su conducta. Esas percepciones dan lugar a profecías autocumplidas: aquello que percibo como real es la realidad para mí. Si mi percepción es que he sido abandonado por aquellos que considero que tienen la obligación política o moral de ayudarme, les daré la espalda y procuraré castigarles. En esta situación, con el voto.

En este caso, el sentimiento de abandono tiene que ver no con las inversiones en los barrios, sino con el drama cotidiano de los desahucios, del desempleo, de la per-

cepción de falta de oportunidades, del aumento del número de hogares sin ingresos, de la aparición de los nuevos trabajadores pobres con salarios que no dan para llegar a fin de mes, de la aparición de la pobreza de niños, de la pérdida de emancipación de los jóvenes y con la polarización creciente de rentas entre barrios ricos y pobres.

En este terreno, los gobiernos que han estado en el poder en estos años de crisis –ya sea el gobierno del Estado, de la comunidad autónoma o del municipio– no han atendido como hubiera sido deseable estas realidades cotidianas que viven muchas personas. Por el contrario, movimientos sociales como el de la plataforma antidesahucios y otros movimientos asociativos de los barrios sí han acompañado a los damnificados.

Como señalé en mi anterior artículo sobre “El efecto túnel”, ese malestar social acostumbra a explotar cuando la crisis económica comienza a remitir y las personas perciben que las cosas comienzan a mejorar para otros pero no para ellas. Es lo que estamos viendo. La suerte es que en esta ocasión la explosión de ese malestar se ha expresado a través de una especie de primavera política española que ha provocado un revolución democrática, en el sentido en que ha modificado el sistema tradicional de partidos y ha producido una renovación importante de la clase política por la vía de las urnas.

Esta revolución democrática ha hecho que, metafóricamente hablando, el eje del poder político de la política barcelonesa haya pasado de Diagonal-paseo de Gràcia a la Meridiana. Algo similar ha ocurrido en las otras grandes ciudades españolas.

El riesgo ahora es que la dialéctica centro-periferia, que había desaparecido de Barcelona con la llegada de los gobiernos democráticos, retorne aunque sólo sea en su forma simbólica. El nuevo gobierno municipal tendrá que esforzarse para que esa percepción simbólica no se convierta en una realidad. Se produciría entonces la predicción del teorema de Thomas, pero a la inversa. Y con él, un movimiento pendular peligroso.●

Pilar Rahola



La monja desmonjada

Conocía la figura laboral del fijo discontinuo, pero nunca imaginé que fuera aplicable a la cuestión divina. Esto de dedicar la vida a Dios un rato y otro rato a la púrpura del poder debe de tener su gracia. Al fin y al cabo, si en lo religioso hay iluminación, en lo político hay mucho iluminado. Y, sin duda, iluminada está la monja exmonja Teresa Forcades, hiperactiva mujer a la que tanto le da por hacer campañas contra las vacunas como por iniciar autos de fe contra Artur Mas. Es tal su misión terrenal que ha decidido salvar al pueblo de sí mismo, y cual Mesías bíblico, ha señalado qué camino seguir por el Sinaí catalán. De momento el susodicho pueblo la sigue poco, pero los que están tocados de la verdad suprema no necesitan que la realidad les dé la razón. Tienen suficiente con la fe.

Y así, tocada por esa nueva fe –que debe de ser una enorme fe en sí misma–, Forcades no está para nimiedades y mientras levanta la bandera contra la vacunación –y contra la razón médica– se permite excomulgar a políticos y líderes de la religión ciudadana. Es lo que tiene la iluminación, que

A Forcades tanto le priva hacer campañas contra las vacunas como iniciar autos de fe contra Mas

permite al iluminado convertirse en martillo de herejes. Ha dicho, por ejemplo, respecto del proceso catalán que “la independencia debe hacerse sin Convergència” y se ha quedado tan fresca. Es decir, la señora que consiguió reunir un grupito de 575 personas para su esplendoroso “procés constituent” se permite ningunear a centenares de miles de votantes, miles de militantes e ídem con millares de regidores y alcaldes, además de ser el partido que gobierna el país. ¡Extraordinario! La verdad es que esta señora debe de querer mucho, porque si no se moriría de sentido del ridículo.

A su lado, el ínclito Arcadi Oliveras no se ha quedado corto asegurando que lo importante no es la independencia, ni la soberanía, ni el resto de tonterías nacionales, sino la cuestión social. Bien, entonces, como le ha recordado Antoni Bassas, ¿qué hará cuando no pueda firmar un decreto contra la pobreza energética porque no tenemos soberanía? Y así sumando, cual patético gerundio. Aunque tampoco aquí hay sorpresa, porque algunas de las ideas que defienden como revolucionarias resultan de un retrógrado que asusta. Es lo que tiene el populismo, que acostumbra a sufrir el síndrome del cangrejo. Porque permitan que diga algo tan poco *populista*: sin las clases medias, sin los empresarios, sin los autónomos, sin la gente que hace mover la economía, ¿qué puñetas de país plantean? Y para ese espectro ciudadano, las monjas Forcades y los Arcadis tienen poco discurso y mucho desprecio. Es el mismo desprecio que sienten hacia los miles de ciudadanos que votan CDC, y a los cuales deciden expulsar del paraíso. Y por supuesto, expulsar a Mas, convertido en fuente de todos los males.

En fin, nada nuevo bajo el sol porque siempre fue propio de los iluminados practicar el sectarismo.●

DEBATE. Turismo sostenible / **Albert Arias Sans**

El modelo y otros efectos

A nadie se le escapa el protagonismo que ha tenido el turismo en las recientes elecciones municipales de Barcelona. Después de muchos años de debate secuestrado por las cifras que hablaban de la bonanza económica del sector, por primera vez se han puesto sobre la mesa los efectos negativos derivados de su actividad. Los problemas de convivencia, la presión en el mercado inmobiliario, la privatización de espacios públicos emblemáticos o las paupérrimas condiciones laborales del sector han sido cuestiones centrales en el debate político. Pero aunque hayamos conseguido zafarnos de la telaraña de las cifras, no son pocos los tópicos recurrentes y simplificadores a la hora de debatir sobre el

turismo. El más sonado es el atajo por excelencia: el modelo turístico. Es malo y hay que cambiarlo, dicen unos. Hay que gestionar su éxito, dicen otros. Entonces se inicia un baile retórico de autenticidad, sostenibilidad, calidad, responsabilidad; y todos los portavoces acaban usando los mismos conceptos para hablar de cosas diferentes. Todos dicen tener razón pero nadie convence a nadie. Y lo que es peor, ahí fuera no se mueve nada.

Ambos movimientos, escudarse en cifras o tomar atajos discursivos, entienden el turismo como una entidad enajenada y discreta, permitiendo trazar claramente una línea entre lo que es y lo que no es turístico. Sin embargo, si analizamos cualquier controversia, si desgranamos qué está en juego, cómo se produce, quién se beneficia y a quién concierne, el escenario cambia por completo. De repente, el turismo, aquel objeto com-

pacto y arrojado, queda desmenuzado y distribuido en un sinfín de prácticas, procesos y relaciones inherentes a la complejidad urbana. Y cuando nos damos cuenta, somos incapaces de separar la cuestión de los alojamientos turísticos de las prácticas rentistas especulativas y el problema del acceso a la vivienda. O nos resulta imposible desvincular la masificación de la gestión de la movilidad, de la planificación de equipamientos culturales y de la regulación de licencias de actividad.

Integrar el turismo en las dinámicas urbanas nos permite focalizar la discusión en los instrumentos de gestión necesarios para minimizar los efectos negativos y redistribuir la riqueza generada. Al fin y al cabo, el deseado modelo turístico no deja de ser el resultado de la forma como pensamos y producimos la ciudad.●